

EL TEMOR A LA ENFERMEDAD

El ser humano tiene mucho miedo a la enfermedad, la misma lo hace sentir impotente, limitado y frágil. Es capaz de hacer lo que fuere para conservar o recuperar la salud y el bienestar. Me decía un señor enfermo, si alguien me dice que comiendo estiércol me sano, lo haría. La desesperación convierte al enfermo en una fácil presa de inescrupulosos curanderos, grupos pseudo-religiosos o sectas, quienes aprovechándose de la situación se acercan al enfermo causando aún más daño que la misma enfermedad.

El otro temor es al hambre, especialmente los descendientes de inmigrantes que padecieron hambre y abandono en su país natal, durante los largos viajes o en los países de destino.

La respuesta a estas situaciones la debemos buscar en Jesucristo. La actitud de Jesús es de compasión como nos relata la Palabra de Dios: *“Cuando desembarcó, Jesús vio una gran muchedumbre y, compadeciéndose de ella, curó a los enfermos”*, (Mt. 14: 14). Jesús siente compasión y no solo sana a los enfermos sino que también alimenta a todo el pueblo que estaba como ovejas sin pastor. Jesús se compadece, sana y alimenta. Es decir abarca los tres aspectos básicos del ser humano: amor, alimento y salud.

Hay muchos tipos de enfermedades, gripe “A”, cáncer, lepra, sida, etc, pero la más grave no es la enfermedad del cuerpo sino la del espíritu, del alma. Cuando el cuerpo está enfermo pero el espíritu sano se puede sobrellevar, santificarse y seguir viviendo, inclusive después de la muerte física.

Actualmente se habla mucho de la gripe “A” y se toman todos los recaudos para no contagiarse, pero casi nadie se cuida ni habla de la gripe “E”, la enfermedad espiritual, que es la más grave. Me gustó la descripción hecha por el p. José Spaciuk: *“GRIPE "E": (Gripe espiritual) ¡Otra plaga! ¡Y peor todavía! Síntomas: Menos ganas de rezar, de ir a la iglesia, de amar al prójimo (ataque de egoísmo, orgullo y autosuficiencia frecuentes), poca inclinación a las obras buenas. Inclinación fuerte al trago, al casino, a comer con desmesura, a hablar mal de otro, a la ira, a la mentira, a la impureza. Se anda triste sin razón, ¡Cuidado! ¡Es contagiosa! Terapia recomendada: Orar tres veces por día, ir una vez por semana a la Divina Liturgia, confesarse, comulgar y hacer un esfuerzo cada día por superarse. La buena noticia es que ¡Es perfectamente curable!”*.

Algunos de los síntomas de la enfermedad espiritual pueden manifestarse como depresión, tristeza, miedos infundados, angustia, ansiedades, pérdida de esperanza, de sentido de la vida, de entusiasmo, etc.

¿Cuál es la solución? Creer que el mismo Jesús, que se compadeció de la multitud, curó a sus enfermos y los alimentó hasta saciarse está realmente vivo hoy y tiene el mismo poder para sanar, alimentar y amar.

La sanación más bella y profunda que podemos recibir es la sanación de la incredulidad, recibiendo el bellissimo don de la fe; le siguen la sanación del desamor con el don del amor y de la total confianza en Dios. Para poder alimentar el don de la fe y del amor necesitamos el don de la oración, el espíritu

de oración nos conduce a pasar mucho tiempo a los pies del Maestro en adoración.

El cristiano con fe, esperanza y caridad espera sólo en el Señor y no le teme a la muerte. Si es voluntad de Dios que muramos hoy, así será y si no lo es ninguna gripe nos matará. Quizás la Palabra de Dios más sanadora y consoladora se encuentra en el salmo 91: *“Tú que vives al amparo del Altísimo y resides a la sombra del Todopoderoso, di al Señor: "Mi refugio y mi baluarte, mi Dios, en quien confío". El te librá de la red del cazador y de la peste perniciosa; te cubrirá con sus plumas, y hallarás un refugio bajo sus alas. No temerás los terrores de la noche, ni la flecha que vuela de día, ni la peste que acecha en las tinieblas, ni la plaga que devasta a pleno sol”, (Sal. 91: 1-13).*

Ante tantos profetas de calamidades y difusores de pánico ante los posibles contagios, debemos aferrarnos a la roca que nos salva, a Cristo nuestro Señor y ser hombres y mujeres de profunda fe, esperanza y caridad y permanecer firmes como nos describe la Palabra de Dios: *“Cayeron las lluvias, se precipitaron los torrentes, soplaron los vientos y sacudieron la casa; pero esta no se derrumbó porque estaba construida sobre roca”, (Mt. 7:25).*

Pbro. Dr. José Hazuda